

Los papiros de Qumram

PEDRO FERNAUD

En la Sala Sixtina de la Biblioteca Vaticana se exponen este verano doce fragmentos de los polémicos y célebres manuscritos del Mar Muerto. Estos manuscritos parecen haber revolucionado la idea tradicional que se tenía de las relaciones entre el judaísmo y el cristianismo primitivo. Carezco de cualificación científica para terciar en la polémica, pero como observador atento y distante —lo uno no

empece lo otro— me inclino por la tesis de que los manuscritos de Qumram no nos explican el cristianismo, sino que nos dan a conocer el judaísmo del que nace el cristianismo.

La fe no es el resultado mecánico de la investigación histórica; pero no es posible sin su atinamiento a los hechos fundantes del cristianismo; la persona de Jesús, su palabra y su acción. Cada generación ha de actualizar, desde su contexto cultural

propio, estos hechos fundantes del cristianismo, para intentar comprender el sentido de su mensaje y la validez de su misión. Hay que re-interrogarse continuamente por el cristianismo, por su origen cronológico, por su originalidad cualitativa, por la permanencia auténtica o la degradación sufrida a lo largo de la historia, por su vigencia y significación contemporáneas. Sólo así tendrá sentido la tan anunciada re-evangelización de Europa.

Del Oriente al Occidente

Cuba libre

JOSÉ SUÁREZ ARIAS-CACHERO

Cuba es para muchos asturianos su segunda patria, rara es la familia que no ha tenido parientes en La Habana o los tiene todavía en el sucedáneo cubano de Florida, llena de exiliados.

Por otro lado, la revolución castrista del año nuevo de 1959 alimentó durante muchos años *los sueños y la épica de una izquierda necesitada de mitos antinorteamericanos y que creyó realizada la nueva sociedad en aquel paraíso tropical.*

La realidad de hoy es poco paradisiaca, Cuba está aislada, empobrecida y hambrienta, mientras se violan los derechos humanos y las más elementales libertades civiles. El envilecimiento del régimen encabezado por Fidel Castro se muestra con su rostro más descarnado cuando amenaza al

gobierno estadounidense con abrir las puertas del enorme penal en que ha convertido a la isla y permitir la salida de los miles de cubanos que quieren hacerlo. ¿Hay mejor ejemplo de degeneración que reconocer que los cubanos quieren escapar de la isla, reflejo de la lamentable situación en la que viven, y que sólo lo pueden hacer si uno les deja?

La hipocresía de quienes se solidarizan y la usan como destino de infame turismo sexual

Cuba necesita la democracia y la reconciliación en un proceso que salve algunas de las innegables conquistas sociales del régimen y preserve su identidad nacional ante la presión de su vecino del norte. En este sentido, cualquier tipo de ayuda que se preste debería estar condicionado a avances en su apertura democrática y la garantía de que la solidaridad beneficia a la población y no a los privilegia-

dos de la nomenclatura.

Sé que estas líneas me van a granjear el reproche de muchos amigos de la izquierda asturiana, pero ya es hora de medir a todas las dictaduras con la misma vara, y casi todos ellos, los que me van a criticar, serían incapaces de vivir en una situación como la que defienden para los once millones de cubanos. Es hora también de acabar con la hipocresía de quienes un día respaldan campañas de solidaridad con aquel país y al siguiente lo utilizan como destino del más infame turismo sexual, del nacido de la necesidad de quien se entrega.

En estos momentos difíciles hay que estar con quienes luchan por la libertad, con quienes plantan cara al Comandante, con quienes arriesgan su vida intentando ganar el futuro en una balsa por el Caribe, con quienes siguen en definitiva el llamamiento del héroe de la independencia cubana, José Martí, cuando decía que la libertad cuesta muy cara y es preciso, o resignarse a vivir sin ella, o pagarla por su precio.

Entre paréntesis

Woodstock

LUIS MEANA

Los pechos púberes desnudos de esas dos muchachas en flor, que han iluminado, como lámparas incandescentes de Woodstock 94, las primeras páginas de los periódicos del mundo, son el último Manifiesto del futuro, Manifiesto en cuya piel quisiéramos firmar todos. Esas muchachas proclaman al mundo, con sus pechos mudos y desnudos, la utopía del cuerpo, la última utopía que le queda al mundo y el último paraíso en que guarecerse que le queda al hombre. Esos pechos desnudos y mudos proclaman el sueño de la primacía del instante, la subversión

Esos pechos desnudos y mudos proclaman el sueño de la primacía del instante

de la duración, el sueño del triunfo de lo espontáneo, la esperanza de una felicidad imperecedera, que le mana tan obligatoria y mecánica a la naturaleza como la leche le manará un día a esos mismos pechos. Lo malo de este nuevo poder de los poros es que ya intentó una vez el asalto a la Bastilla de la historia, pero falló precisamente por el cuerpo. Porque el cuerpo, que es tan complejo y complicado como cualquier otra utopía, es también un poder —el poder de la carne, quizá el poder más cruel y tiránico de cuantos existan, madre y padre de todas las demás tiranías— y está sometido, como cualquier otro, a la ley cruenta de la llegada de otras carnes y de otros

poros más exuberantes; y está sometido, asimismo, a la ley de la degradación, y, entonces, el poder del cuerpo trata de perpetuarse, para lo que tiene que pedir ayuda a su contrapuesto, el cerebro, que es el poder menos dependiente de la caducidad y del tiempo, con lo que firma su propia sentencia de muerte a manos de ese demonio. Por ahí se hundió el barco del Woodstock del 69, que navegó esos mares del sueño, y por ahí se hundirá el

del 94, a pesar de la osada seguridad que muestren esos pechos púberes. El cerebro es un tirano viejo y vengativo que sabe esperar pacientemente su hora y su

momento. La felicidad se sostiene tan poco sobre los poros de la piel del cuerpo como sobre cualquier otra superficie deslizante. Esas dos púberes que parecen estar sentadas, como vírgenes triunfantes, sobre el globo terráqueo, en realidad están sentadas sobre su propio cadáver, la proclamación de su victoria es ya el anuncio de su derrota, están atadas a la pira de fuego en la que morirán inmoladas para que se reafirme la tiranía perpetua de la conveniencia. Nada escapa a la ley de la caducidad, salvo el instante. Ese instante en que dos muchachas púberes lanzaron al mundo con sus cuerpos desnudos la proclamación de libertad de sus pechos.

El gaiteru de Xapón

MILIO MARIÑO

Ashíru Simoyana y Ashí Yamane, si non fuera porque son un pelin más pequeños, amarillos y cortos de vista, talmente paeceríen dos paisanos comu otros cualquiera, pero el casu ye que son nipones de naciéu. Pero ahí onde los ves y, asina comu el que non quier la cosa, Ashíru y Ashí, aparte nipones, son dos lebreles de muchu cuidau que tan metiéndonos l'agua en casa y nosotros sin enteranos.

Resulta que'l tal Ashíru, fay

Ahí onde los ves, son dos lebreles de muchu cuidau

pocu más d'un añu que llegó a Sevilla y, na más llegar, escapau se puso aprender l'oficiu toreru. Ahora ya se fay llamar «El neñu del Sol Naciente» y, n'esti veranu, lleva toreades, na menos que tres corrides y ya cortó dos oreyes y un rabu.

L'otru, Ashí, a esi non se-y ocurrió otra cosa más que ser gaiteru y, con les mismes, acaba participar ne'l festival celta de Lorient, pero non contentu con esu, tray con el a otros dos xaponesucos que toquen tambor y bombu, formando tóos

xuntos lo qu'ellos llamen la «Tokiu Pipe Band».

Asina que date cuenta, yo na más tuve conocimientu de que teníamos a la puerta casa, el peligru amarillu, deseguida tomé precauciones. Aprovechando que tenia que dir al Seguru pa que me recetaren una pomada que me resguardara un pocu d'esti sol que pica comu fueu, decidí entrevistame co'l Conceyal de Romerías que, a la sazón, tamién ye Ordenanza de carrera y trabaya ne'l Ambulatoriu.

A decir verdá, non les tenia toes conmigu porque ye de sobra conocí que, los Conceyales de Romerías, son muy aficionaos a dayos un toque exóticu a les fiestas, esu por un llau y, por

otru, que los nipones, al paecer, por un bocadillu salchichón y media cerveza, van onde los llamen, así que dixé yo p'ascontra mi; —date— lo único que nos faltaba ye que nos tocaren la Diana Floriada, un par de xaponeses.

Cuando ya casi tenia mediu convencíu al Conceyal, de que por na d'esti mundu, por muy baratu que fuera, nin que fuera regalau, se podía contratar a un Gaiteru nipón, acercósenos una vieyina que seguía la conversación y, poniendo cara de males pulgues, encarose con nosotros y

díxonos:

«¡Como se conoz que non vos duelen les perres! ¡Claru, como tirais con polvora axena, asina buenes gracias!».

«¡¿Que mas dará que'l Gaiteru sea de Xixón que de ca'l caraju?!».

¡¿Si toca bien y ye baratu?!».

Y con les mismes, dio media vuelta y allí nos dexó con la pallabra na boca.

¡Paez increíble comu asimilen los vieyos too esu del llibre mercáu!

Lluegu vete tu a pedir concencia nacionalista.